

CUADERNILLOS DE POESIA COLOMBIANA

38

**JOSE JOAQUIN CASAS**



**EDICIONES DE  
UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA**

## INTRODUCCION

José Joaquín Casas es uno de los postreros especímenes de esa generación ilustre, de vieja cepa peninsular, que cuidaba en nuestra tierra con altiva hidalguía los ideales de su fe, el culto de la belleza, la inquietud del espíritu y la donosura del idioma clásico. Con celoso desvelo guardaban ellos en su arcón espiritual el tesoro de gloriosas tradiciones y sabían, en razón de ancestral señorío, no sólo conservar intactas sus riquezas morales sino acrecer el viejo caudal con honras nuevas y renovados empeños.

En José Joaquín Casas, la estampa, los modales, sus aspiraciones y empresas hacen pensar de inmediato en el clásico hidalgo, trasplantando por azar a estas tierras americanas: pero ese mismo cúmulo de prendas, su afán por la cultura de Colombia, sus desvelos educativos, su empeño en fomentar toda empresa patriótica, el amor con que retrata en sus versos a nuestra gente humilde, nos lo presentan como cifra y espejo de un pueblo enraizado en honda tradición castellana pero decisivamente vigorizado con nuestras propias savias.

Nacido el 24 de febrero de 1866 en Chiquinquirá, maternal ciudad de arraigadas tradiciones y santuario de la Virgen de los colombianos, su cuna lo predestinó a aunar en sí fe profunda, atávica hidalguía, blasones literarios y fecundo criollismo.

Al hablar de las influencias literarias, él mismo declaró no hace mucho: "El Catecismo del Padre Astete, incomparablemente explicado y comentado por mi madre, con acompañamiento de historias, versos y canciones, allá en nuestra hidalga casona provinciana y en medio de los paisajes de mi soñadora tierra; los poetas románticos españoles y americanos y algunos extranjeros de las tres primeras décadas del siglo XIX, Zorrilla, Duque de Rivas, Espronceda, Tassara, Avellaneda, Lamartine, Victor Hugo, Byron, J. E. Caro, Arboleda, Pombo etc. y con ellos los clásicos viejos y nuevos, que mi padre, excelente lector en todo sentido, nos leía metódicamente en familia con oportunas explicaciones previas, en las traducciones de Hermsilla y de Caro y en las inolvidables Lecciones de Literatura Castellana de José J. Ortiz, que aprendíamos de memoria: tales eran los tiempos del "atraso y el

oscurantismo". Pero sería ingrato si olvidara entre mis influencias literarias y artísticas las coplas de viaje y fandango de los promeseros de Nuestra Señora, aprendidas al sol de diciembre y a són de guitarra y pandereta".

La educación, el ambiente bogotano, la generación a que pertenece lo hicieron humanista, catador de clásicos mostos culturales, esmerado cultivador del idioma; su temperamento poético, sus ideales artísticos lo llevaron a los dominios de la belleza; su acendrado patriotismo, el desvelo por el bien ajeno lo condujeron a todos los puestos de servicio: la jurisprudencia, la diplomacia, la tribuna, el periodismo y sobre todo a lo que él considera su centro natural: la cátedra.

Su obra poética es vastísima. Según personal declaración entiende y siente la poesía como vibración melodiosa de un arpa divina y humana, como el aliento de Dios y de la naturaleza. Sus versos son de magistrales contornos, desde aquel "Canto a María" inspirado por la fe estuista de los veinte años como ofrenda a Nuestra Señora hasta la serie admirable de sonetos "Trotando con Don Quijote" que con sabiduría octogenaria y musa siempre joven consagró a Cervantes en el IV centenario. Igualmente dilatada es la temática de su poesía; empieza en la copla ingenua de sus "Guayaberas", brote de honda poesía popular, que los labradores cantan como propias — consagración suprema del poeta; pasa por las pintorescas estrofas de sus "Recuerdos de Fiestas" y "Crónicas de Aldea", finas acuarelas de nuestro pueblo humilde, con su tristeza ingénita, sus infantiles alegrías y sus modestas ambiciones, y se alza por último vigorosa, patriótica y creyente en las "Epístolas" donde, según frase de Gómez Restrepo, "hace ostentación el poeta de los sentimientos que forman la unidad de su vida y son el alimento de su alma; su ardiente fe religiosa, su inquebrantable confianza en Dios, su afecto ternísimo a la niñez, su indomable amor patrio, su entusiasmo por el arte y por la belleza, su altivo españolismo".

Su verso es de factura clásica: fulgen en él riquísimo vocabulario, ritmo elegante y sonoro, rimas sustanciosas; pero no se crea que tan ática perfección encubra frios pensamientos: tras las líneas armoniosas de sus versos palpita un corazón benévolo, bulle una mente inquieta, sonríe una musa traviesa, canta el alma que siente la gran-

deza de un pueblo, la belleza del campo y la silvestre poesía del campesino humilde, del ensimismado sabanero o del esquivo paramuno.

Viste de ordinario su poesía con el ropaje cortesano del soneto, que maneja con pericia admirable; sabe adornarlo con todos los arreos clásicos y por entre la floresta de sus catorce versos se mueve holgada la inspiración que canta, implora, ríe o solloza, suspira o se extasia ingenua en la contemplación de las cosas humildes. Por la transparencia de la idea y la limpidez de la imagen, por la blanda musicalidad y el atavío de sus flores silvestres, por la ágil manera como cabrillea la inspiración sobre los temas más variados y por el sabor persistente de montaña que en sus versos se percibe, la poesía de José J. Casas es la versión perfecta del arroyuelo campesino que salta de la entraña del monte y lleva hasta los valles frescura y transparencia, dulce murmullo e ingenua alegría.

Pero Casas no ha recorrido los campos del idioma tan sólo por el costado de los jardines poéticos; ha conocido igualmente las praderas de una prosa fértil, castiza, amena; ha transitado también por los caminos despejados de la didáctica y se ha aventurado por los vericuetos, cumbres y simas de la oratoria. En el periódico, en el parlamento, en la cátedra, en la academia, su prosa castellana va colmada de ideas, de sal y de donaire. De sus discursos permanecen famosos los dedicados a Fallon, Marroquín, Manzoni, Mutis y el Padre de las Casas.

Y como si no bastaran estos títulos para consagrarlo como devoto cultor de nuestro idioma, desde hace muchos años dedica múltiples desvelos a mantener entre nosotros el fuego cordial para la lengua patria desde el seno de la Academia, cuyos ideales sostiene y cuya fecunda labor estimula a toda hora.

A lo largo del camino de su vivir dilatado y fecundo han prosperado muchos de los retoños de su afán cultural; a tres quiero referirme porque definen plenamente los perfiles del Maestro, del Padre y del Patriota. Por iniciativa suya nació la Academia de Historia, hogar de ideales patrióticos y foco de intensa irradiación investigadora; bajo su afecto paternal y la sombra de su ciencia y sus ideales, creció y prosperó en sabiduría su hijo Manuel José Casas Manrique, honra

*genuina de Colombia en los dominios poco frecuentados de la filología; guiado por su magisterio y robustecido por los jugos de su doctrina y ejemplo, sigue caminos de superación un centro docente de prestigio nacional, el Liceo Cervantes, cuyo solo nombre es ya cifra de los nobles anhelos de su fundador.*

*Ahora, José Joaquín Casas, remansado en el cálido círculo de los afectos hogareños y aureolado con la fervorosa devoción y el respeto de los colombianos, serenada el alma de inquietudes efímeras, firme en los principios que alumbraron su largo y fecundo derrotero vital, mirando con tranquila pupila el camino superado y de frente contemplando con abierta esperanza las playas eternas, sigue tañendo las cuerdas de su lira cristiana y humilde, española y criolla, filosófica y juguetona. Bien lo afirma en uno de sus últimos sonetos:*

*“Fe, esperanza y amor son mis raíces.  
Doy sombra. Insultos desdeñando y retos,  
oigo al condor, descuido las perdices”.*

*“Y, de mi Dios cantando los favores,  
madrugo, como el cámbulo, en sonetos,  
cada mañana con mi airón de flores”.*

*Alfonso Lopera*

## A COLOMBIA

Decir no sé lo que al nombrarte siento,  
Patria! Es orgullo? Militar pujanza?  
Es la dulce inquietud de la esperanza?  
Es la tristeza de tu ayer sangriento?

Es eso y más: activo sentimiento  
que otro terreno a remedar no alcanza,  
en que el dolor se funde en la alabanza,  
filial ternura en bélico ardimiento.

Cuando entre salvas el peñasco asoma  
do al aire ondula tu estandarte santo  
bañado en ondas de nativo aroma,

de amor viril estremecido, canto:  
Patria! la vida que me diste, tóma!  
Poco es morir por lo que se ama tanto!

## LA TORRE DE LA ALDEA

Cuando al volver a su nativa aldea  
el gozoso estudiante provinciano  
divisa tras el término lejano  
su nido, que entre sauces bermejea;

la mirada, con lágrimas, pasea  
por tanto sitio que le aguarda ufano...  
No es ya la voz del ternezuelo hermano  
la que al rumor del agua juguetea?

La torre allá! La vieja conocida,  
la de los ojos grandes, se incorpora  
a darle la primera bienvenida;

y con doliente, maternal cariño,  
parece preguntarle escrutadora:  
—Dime: conservas tu candor de niño?

## EL CURA DE VILLASUTA

De felpa arcaico sombrero; sotana  
negra otra vez, agora verdioscura;  
camándula de cuerno a la cintura,  
lucio bastón de inmemorial macana.

Con largos rizos cabellera cana  
corona, como nimbo, la figura  
de quien, cual sienta al venerable cura,  
responde al nombre de Hilarón Pastrana.

Como la luz que ante el Sagrario oscila  
para que Dios la mire, la conciencia  
brilla en su faz benévola y tranquila.

Sesuda en él discurre la experiencia,  
y de sus labios, como miel, destila  
rica de unción la bíblica elocuencia.

## LA VOZ DEL CURA

Qué al alma suya, que de veras ama,  
la pomposa aridez de ánimas hueras?  
Ajeno de retóricas maneras,  
no en imitados énfasis declama.

Por su oración ingenua se derrama  
el aura de las bíblicas palmeras;  
tintas le dan e imágenes las eras;  
calor, el fuego de su propia llama.

Cada domingo en plática sencilla,  
con pintoresca variedad, comenta  
del Padre Astete la inmortal cartilla;

de Astete la estupenda miniatura,  
la diamantina fórmula en que asienta  
la de hoy, la antigua, la verdad futura.

## EL TUNEL

Tras la yerta y monótona llanura,  
talvez, en fuga desatada y loca,  
llegando el tren del túnel a la boca  
se hunde del cerro por la entraña oscura.

Quédase allí? Se abisma, por ventura?  
No! Surge ya de la horadada roca  
y en dulce clima respirando, toca  
vasta región de espléndida hermosura.

No en sombras, no, nuestro correr termina;  
no es fin la tumba ni durable casa,  
sino estación que al término encamina.

No es la fosa del hombre el paradero;  
que apenas el túnel de la muerte pasa,  
mundos de luz sorprenden al viajero.

## A SOLAS

Me aplace del campestre cementerio  
por las sendas perderme intransitadas,  
oyendo de la brisa en las cañadas  
el antiguo, monótono salterio.

Qué voces, de las lindes del misterio,  
devuelven el rumor de mis pisadas!  
Cuántas augustas sombras adoradas  
tienen aquí su indisputado imperio!

Ah! no es esto morir: la vida es ésta.  
Aquí es bello el dolor, sentido en calma,  
cual nublado que el sol tiñe a su puesta.

Aquí, con Dios y mi esperanza a solas,  
siento venir a dilatarme el alma  
de la vecina eternidad las olas!

## MELODIA CAMPESTRE

Tarde sin nubes. El bochorno estivo  
cede al frescor de sosegados vientos,  
que fingen entre sauces macilentos  
coloquio melancólico y furtivo.

El eco desparrama fugitivo  
balidos de rebaños soñolientos.  
Como al alma los castos pensamientos  
vuelan las garzas al juncal nativo.

Mientras la parva la familia avienta,  
y el humo azul anuncia en las cabañas  
la paz humilde que al calor se sienta,

toca un zagal su capador de cañas,  
de donde fluye quejumbrosa y lenta  
la tonada genial de las montañas.

## LOS CARBONEROS

Nacidos entre nieblas y huracanes  
a lumbre montaraz de frailejones,  
también laten de amor los corazones  
y ensueñan con sus Evas los Adanes.

También Chunché y Censión fueron galanes,  
con coplas y requiebros e ilusiones;  
y oyeron sus románticas razones  
las sendas de mortíños y arrayanes.

Ella, la flor entre el carbón crecida;  
él, vástago de padres leñadores:  
hízolos Dios para enlazar su vida;

sin saber del amor se amaron ellos,  
y fueron sus selváticos amores  
cuanto más rudos de expresión, más bellos!

## MIRANDO A ESPAÑA

Hay garbo igual al del gentil torero  
que su capa terciando en la cuadrilla  
de oro y azul reverberante brilla  
en marcha al coso que le aguarda fiero?

Hay flor de amores sobre el mundo entero  
como el clavel que reventó en Sevilla?  
Hay vino como el áureo manzanilla  
en lo hablador, caliente y sandunguero?

Quien haya fuerzas para tanto escriba  
el piropo del majo a la manola;  
lengua hay como ella tan traviesa y viva?

Por vida de Santiago y la bandola!  
Si la gracia de Dios viene de arriba,  
la gracia de la tierra es española!

## MI ASCENDENCIA

Los bosques de mi tierra, proverbiales,  
de mi niñez sonora compañía,  
me hablaban, inefable sinfonía!  
de tiempos para el niño inmemoriales.

Y el capador en que ásperos zagales  
daban su adiós al moribundo día  
tales duelos del alma me decía,  
que duelos no hubo, ni en la gaita, iguales.

Ví después otros mundos, otros lares  
Y hoy, viejo ya, volviendo hacia esos días  
de tonadas y robles familiares,

oigo en la voz que de los siglos llega,  
que el mi sentir de bosques y armonías  
es mi herencia cantábrica y gallega.

## TRES CABALLEROS

Pidió Cervantes a su Rey, un día  
que al Nuevo Reino, que fundó Quesada,  
le mandase a servir, a esta Granada  
que él “tierra buena” sin rival sabía.

Pendiente la demanda, discurría,  
trazando con la mano aún mal curada,  
esa en que está la humanidad pintada  
creación de amor, locura y bizarría.

Con Don Quijote en la Sabana sueña  
que suspira de amor por una dama  
de ojinegra beldad santafernea.

Ello, en las noches de diciembre, al trote  
se oyen pasar, del Funza al Tequendama  
tres: Cervantes, Bolívar, Don Quijote...

## A DON QUIJOTE CUERDO

Mal hay el punto, la ocasión, la hora  
en que, al volver de la final proeza,  
el yantar y dormir por larga pieza  
curó vuestra dolencia soñadora!

Ya la etérea beldad no os enamora  
que musa fue de tanta gentileza;  
se embotará, con siglos de pereza,  
la lanza de gigantes retadora.

Cuerdo soís ya, como cualquier vecino!  
Sin caballero contendor voltea  
sus desilusas aspas el molino;

Y al toque del crepúsculo en la aldea  
se esfuma entre el celaje vespertino,  
llorando por su amante, Dulcinea.

## ATARDECERES

— I —

He aquí la hora eternamente bella,  
la eterna melancólica, la hora  
que amé: la tierra enamorada llora  
al sol, que parte enamorado de ella:

Amor sin habla que en dolor destella  
entre el tañido que en las torres ora;  
de un bien sin nombre la cercana aurora,  
de un bien que fué la pesarosa huella.

Baña sutil espíritu el paisaje,  
y con dudosa vibración murmura  
la estrella de esperanza su mensaje:

No es ilusión el soñador empeño:  
Soñad de amor, de gloria, de ventura:  
Yo anuncio y soy la realidad del sueño.

— II —

Hay un dolor de inconsolable ausencia  
de un bien sin nombre que el mortal no alcanza;  
dolor de un bien que oculto en lontananza  
brilla con misteriosa refulgencia.

Es un dolor como sutil esencia  
de una flor de recuerdo y de esperanza;  
dolor de un bien preludio o remembranza  
de otra feliz, recóndita existencia.

Es el dolor del que en cadenas ama,  
es el dolor del que sin habla admira,  
es un dolor que con amor se inflama:

Es el dolor que en lo íntimo suspira  
cuando el artista el corazón derrama  
en el lienzo, en el mármol o en la lira.

— III —

Hay un dolor de la verdad gemelo,  
que la servil materia transfigura  
y majestad añade a la hermosura  
como a una virgen el crespón de duelo.

Es el dolor revelador: anhelo  
de águila triste a su nativa altura,  
a ese de amor, de gloria y de ventura  
perdido sí, mas rescatado cielo.

Es el dolor que en esperanza anega,  
dulce tristor de lira en serenata,  
tristor de un plazo cuyo fin ya llega:

Eso que noche nuestro labio nombra  
es la luz que en estrellas se recata,  
misterio de la luz vista en la sombra.

— IV —

Qué añade el sabio discurrir al grito  
del alma, que del tiempo en la ribera  
busca, sublime ausente, dondequiera  
lo inmenso, lo sin lindes, lo infinito?

La vieja casa que de paso habito,  
la nubecilla del azul viajera,  
la mustia flor, la breve primavera  
hacen gemir el arpa del proscrito.

Sollozo en horas de locuaz contento.  
Entre fiestas y tumbas peregrino,  
tiendo hacia un sol sin tarde el pensamiento.

Oigo el rumor del piélago divino,  
bullir en mí la eternidad yo siento  
cual suena a mar el coracol marino.

— V —

Por qué en lo breve lo que siglos dura  
buscando voy del tiempo entre la ruina,  
y anhelo, entre las tumbas peregrina,  
vida inmortal, efímera criatura?

Toda beldad, con íntima tristura,  
me anuncia ausente y al morir camina;  
y de otra excelsa que jamás declina  
me habla en su adiós la frágil hermosa;

Llorando por mi ayer miro adelante;  
del primer mayo hasta el postrer invierno  
soñando voy felicidad distante.

Oigo el reclamo del solar paterno:  
Dios pensó en mí desde su eterno instante,  
en la mente de Dios yo soy eterno.

— VI —

Vivimos despidiéndonos: cadena  
es de adioses del alma nuestro viaje.  
Del matinal hasta el postrer celaje  
rumor de adioses nuestro ambiente llena.

Rodar ve el alma, arena tras arena...  
La instable orilla que le dió hospedaje,  
y, como el sol tras lánguido paisaje  
se hunde fugaz el júbilo en la pena.

La tarde andando taciturna y grave,  
multiplica sus ayes de partida,  
de un puerto en otro, nuestra incierta nave.

Y sólo acabará la despedida  
cuando en la vida verdadera acabe  
este largo morir que llaman vida!

## RECUERDOS DE FIESTAS

(Fragmentos)

*En román paladino*

*En qual suele el pueblo hablar a su vecino*

**Berceo**

Por leguas a la redonda,  
según testigos en pro,  
nada ha visto el que no vió  
las fiestas de Matarronda.

Es Matarronda un modelo:  
pueblo sin pueblos rivales,  
que si muchos fueran tales  
fuera la tierra otro cielo.

Pueblo tendido en la falda  
de una pingue y verde sierra  
que llaman los de la tierra  
el *Alto de la Esmeralda*;

donde ríen los hogares  
entre setos y arboledas,  
y entretejen las veredas  
laberintos de pomares;

donde sin artes de engaño  
las artes todas prosperan,  
y a ley de leyes imperan  
los buenos usos de antaño.

Cada uno en su casa es rey;  
y allí profesan los reyes,  
que tierra de muchas leyes  
es tierra de poca ley.

Ni a Gracos ni a Capuleyos  
allí se acude ni acata,

porque Matarronda es mata,  
pero no de leguleyos.

Dicen mis gentes sencillas,  
en cuanto a leyes de aquéllas,  
que el siglo se va en hacellas  
y no hay tiempo de cumplillas.

Sólo un médico hay allí;  
mas, como el clima es tan bueno,  
ocioso guarda el Galeno  
las drogas y el bisturí.

Lo médico sobra en él;  
de loco, nadie le acusa;  
en cuanto a vate, no hay musa  
por quien le venga un laurel.

Y, promovido a otro estado,  
el doctor Damián Osuna  
no debe muerte ninguna  
porque a nadie ha recetado.

En su *Registro Oficial*  
sólo anota la alcaldía  
una que otra apoplejía  
o algún trancazo venial;

y el doctor Damián Osuna,  
así, a la pata la llana,  
mudó su clínica humana  
en caballar y ovejuna;

y a usanza de sus abuelas,  
tal vez receta en su granja  
buchecitos de naranja  
para algún dolor de muelas.

Con tan buen aire campero  
y en este clima nutricio,  
poco lucrativo oficio  
es el de sepulturero.

Vivir contento es muy justo  
donde no hay cómo aburrirse,  
y en Matarronda el morir  
es un acto de mal gusto.

Y al que le llega en la ronda  
el turno de la partida,  
espera que la otra vida  
siga siendo en Matarronda.

No lejos del manso río  
que la campiña humedece,  
hecho de rosas parece  
el risueño caserío.

No hay casa, siquier ya vieja,  
que aunque pobre no esté maja;  
y las que fueron de paja  
se van volviendo de teja.

Oprobio fuera cerrar  
En Matarronda las puertas:  
las del alma y del hogar  
todos las tienen abiertas.

En fin, que aquello es la gloria;  
y es menguada geografía  
la que ignora todavía  
verdad tan cierta y notoria.